

Sobre el fútbol

Durante muchos, bastantes años, he sido un apasionado del fútbol. He asistido a casi todos los campeonatos sudamericanos que se han jugado en Santiago, he visto jugar al equipo uruguayo que ganó el campeonato mundial en Francia y puedo conversar con cualquiera, mano a mano, sobre ~~el Negro~~ Andrade, el formidable negro cuyas patas parecían llenar el campo de juego y llegar hasta la calle cada vez que las ponía en movimiento; sobre Scaroni, el forward que parecía crear por sí mismo el espacio que necesitaba para desenvolverse; sobre el Chueco García, gran jugador sobre la línea de la valla, terror de zagueros bruscos por su finura; sobre Nazzasi, el hombre que parecía tener una imán especial para atraer la pelota hasta sus pies; sobre Subiabre, impetuoso y goleador; sobre Arellano, sobre Flores, sobre muchos más, aun sobre los grandes jugadores de la primera época del fútbol rioplatense: Laferia, MacCarthy, los Brown.

Durante todos esos años pude soportar la crítica de la muchedumbre, los insultos a los jugadores, los botellazos a los árbitros, la procacidad, la crueldad. Hoy, quizá por los años, me es imposible resistirlos. Iba al fútbol a ver jugar, no a ver pelear a veintidós jugadores contra miles de energúmenos. Me era indiferente que ganara cualquiera y me bastaba con que se jugase bien. El fútbol era, para mí, un juego que tiene su inteligencia, su calidad, sus finuras, sus virtuosos. El gran público, o la gran bestia, que diría un misántropo, no lo entiende así y no lo entiende así ni en Chile ni en Inglaterra; en todas partes es igual, rubio o moreno, negro u oliváceo.

El público de Santiago, sin embargo, tiene un defecto aún más grave, defecto que se puso ampliamente en evidencia durante el primer match que el equipo argentino jugó hace pocos días: su antipatía hacia los jugadores de esa nacionalidad. Todo jugador argentino es para ese público un llorón: si el jugador cae lesionado y no puede levantarse, llorón; si reclama por juego brusco o por una sanción que estima injusta, llorón. Una vez



ví a Sorrel dar a un back argentino que lo tenía completamente anulado, un puntapie en el tobillo que lanzó al pobre hombre al suelo, retorciéndose de dolor: ¡llorón!, mugió la muchedumbre, y cuando Sorrel, que tenía días en que caía al suelo cada vez que agarraba la pelota, cayó, el público quería invadir la cancha y asesinar al back. Otra vez, un individuo que estaba en tribunas, flaco él, lleno de espinillas, con una estatura de boy scout y con menos musculatura que una jaiwa, gritaba, lleno de furor: ¡que maten a Salomón! Balomón habría podido, de un solo puntapie, dejarle cómodamente sentado en el techo de las tribunas.

No obstante lo cual, creo que iré a ver el partido final de este campeonato, La afición es la afición.

Manuel Rojas

CÉLICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©